

# RACIONALISMO FILOSOFICO Y ANTROPOLOGIA EN MIGUEL DE UNAMUNO

**Alfredo Tamayo Ayearán**  
Universidades del País Vasco y Deusto (S.S.)

Con temor y temblor me pongo a escribir sobre Miguel de Unamuno. Sobre este vasco genial, como le llama M.F. Sciacca, es muy posible que se haya dicho ya todo o casi todo. Sin pretensión por ello de originalidad y novedad especiales, quiero insistir en algo que suelo exponer a veces a mis alumnos en el epílogo a la serie de clases sobre nuestro autor. Es el estudio del racionalismo filosófico de M. de U. y el intento de explicación de su apuesta epistemológica desde una de las constantes fuertes de su personalidad. Su hipertrófico sentido de realidad. El talante del hombre que no acepta la trascendencia si no ve y toca, si no mete el puño en la llaga del costado. Apunto la hipótesis del enraizamiento de este talante en la antropología vasca.

## 1. RAZON Y SENTIMIENTO FRENTE A LO TRASCENDENTE

Que M. de U. fue hasta su muerte un hombre estructuralmente religioso en el sentido original del término, es decir, un hombre decididamente religado, vinculado a lo divino real o posible, es cosa demasiado evidente para todo el que esté un poco iniciado en su obra y trayectoria vital. La pregunta sobre Dios es constante y central en su conciencia desde su niñez hasta su muerte. Con la pregunta sobre lo divino crece, ella le acompaña en los días de su madurez, con ella involuciona y muere. Si bien la respuesta a la cuestión oscila constantemente a partir de su juventud entre la afirmación, la duda y la negación para situarse al parecer con el transcurso de los años en el terreno de la dubitación, tanto menos crispada cuanto más cercano se adivina el final. Así lo creo siguiendo a mi amigo el profesor E. Malvido (1) y me distancio con él de las tesis extremas de Sánchez Barbudo y Gómez Moriana, respecti-

---

(1) E. MALVIDO, "Unamuno a la busca de la inmortalidad", Salamanca 1977, pp. 228 y ss.

vamente (2). La novela “San Manuel Bueno, mártir”, con ese carácter autobiográfico ineludible que reviste toda producción unamuniana y más que ninguna ésta, sería el mejor fotograma de la conciencia religiosa de nuestro personaje en el atardecer de su vida.

La duda religiosa va a ser, pues, compañera de su vida a partir sobre todo del momento en que se sumerge en la lectura de la “Crítica de la razón pura”. Kant le persuade de manera, creemos, definitiva de que los puentes del intelecto hacia la trascendencia son decididamente imposibles. La posibilidad de un acceso racionalizado hacia lo absoluto queda para siempre descalificado para M. de U. como misión imposible. Hay que renunciar de por vida a la aventura metafísica.

Unamuno, el hegeliano-marxiano de los principios, inicia poco a poco un giro epistemológico, por lo menos *verbo tenus*, hacia una especie de vitalismo/existencialismo. El nuevo lenguaje filosófico unamuniano es precursor de las tesis epistemológicas de mediados del siglo. Le han acompañado en este giro también junto con Kant dos grandes detractores del primado de la razón teórica: Soeren Kierkegaard y Federico Nietzsche. Ambos rebajan, como se sabe, las pretensiones del concepto hegeliano de penetrarlo y escudriñar todo. Y ambos exaltan el papel de lo no racional (fe, sentimiento, vitalidad) en la aproximación del hombre a lo real. No me resisto a transcribir una muestra del nuevo lenguaje unamuniano al que he aludido:

“Y esta angustia, arrancándonos del conocimiento aparential, nos lleva de golpe y porrazo al conocimiento sustancial de las cosas...  
“La congoja del espíritu es la puerta de la verdad sustancial.” (3).

M. de U. intenta, en consecuencia, algo así como la construcción de un mundo de lo trascendente, en uso de la metodología no propiamente kantiana sino más bien nietzscheana, a saber de un mundo de ideas impulsado desde la voluntad de vivir y subordinado a su servicio. Ese edificio de lo trascendente quedará catalogado como parte principal de la llamada *filosofía del sentimiento trágico de la vida*. Pero no será ya propiamente una *Teo-logía* sino una *Teo-cardía*. Es decir, no un discurso lógico sobre la existencia y esencia de lo divino sino lo divino impostado por el hálito creador del sentimiento de supervivencia. La “realidad” no teológica sino teobiótica de M. de U. imaginada como Conciencia del Universo, Padre y Madre, Sentido del Mundo no sería fundamentalmente otra cosa sino la fenomenología de lo auténticamente *noumenal*: el hombre portador agónico del sentimiento de sobrevivir. La

---

(2) A. SANCHEZ BARBUDO, “Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado”, Madrid 1968, pp. 69 y ss.

A. GOMEZ MORIANA, “Unamuno y su congoja”, en “Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno”, XIX/XX.

(3) “Vida de D. Quijote y Sancho”, Madrid 1964. Ed. Espasa Calpe, p. 180.

teocardía unamuniana más que un saber sobre lo divino es un sentir sobre lo divino. Más que ciencia y discurso es poesía y mito. Un concepto funcional de la verdad ha sustituido al concepto óntico clásico.

es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira estas doctrinas.” (4).

## 2. EL RESENTIMIENTO DEL RACIONALISTA

M. de U. ha capitulado, al parecer, ante las posibilidades de la razón teórica de establecer puentes epistemológicos ciertos hacia lo sobrehumano. Ha renegado de los *teólogos* y ha apostado por los *teocardíacos*. Ha huído de los Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz y Hegel para echarse en brazos de los Pascal, Kant y Kierkegaard. “Yo no soy un pensador, soy un sentidor”, solía repetir. Pero, ¿hasta qué punto esta capitulación, esta apostasía, esta apuesta son reales en el fondo? ¿Ha optado M. de U. realmente por el sentimiento más allá o en contra del entendimiento? Llevo demasiados años leyendo al pensador bilbaíno para creérmelo. La verdad es, sin duda, todo lo contrario. A pesar de las grandes frases y profesiones de vitalismo permanece en el fondo el hombre que cree, que tiene que creer en el intelecto y la razón como única vía de acceso a lo real. El sucedáneo del sentimiento, la teoría de la pura funcionalidad de las ideas no satisfacen el fondo de su ser. Unamuno es pensador antes que sentidor. Lógico antes que biótico. Si M. de U. antepone lo sentimental y vital, si combate a la razón y hasta la denigra es porque necesita defenderse contra ella. Es el entendimiento y no el sentimiento el que ocupa el centro privilegiado de su personalidad. La filosofía del vitalismo/existencialismo, por lo menos en lo que al mundo de lo divino hace referencia, no es sino producto de un mecanismo de defensa. Es simple ideología que no revela sino encubre la realidad. Es la máscara de un racionalista rabioso e impenitente. Léanse las quejas y denuestos esparcidos en su “Diario íntimo” en contra de la lógica y la sincera confesión de un hombre dominado por la manía de querer logizarlo todo.

“¡ Lógica, lógica!... No, no quiero ser lógico porque se me han abierto otros principios y no por la lógica...”

“Y he aquí cómo yo, que huía de todo intelectualismo, volveré a caer en él.” (5).

Todo esto lo escribe M. de U. en los principios del siglo. Ronda la cuarentena. Y es una profecía del intelectualista que se sabe tal. Volverá a caer en el racionalismo, en un racionalismo que es en él como congénito. La

(4) “Del sentimiento trágico de la vida”, Madrid 1965, Ed. Plenitud, p. 101

(5) “Diario íntimo”, Madrid 1974<sup>1</sup>, Alianza Ed., pp. 110 y ss.

razón no concluye en Dios, pero debería hacerlo. El sentimiento me lleva a lo divino inmortalizador, pero no me basta, no me satisface en el fondo. Habría de ser conducido al empíreo de mano de la razón.

Por ello también pienso que su reivindicación de hermandad, por ejemplo, con Blas Pascal (6) es en este aspecto por lo menos muy discutible. No se me escapa la teoría unamuniana tan singular sobre los personajes paradigmáticos, sean históricos o puramente mitológicos. No es lo importante, como se sabe, para M. de U., por ejemplo, el Don Quijote creado por Cervantes, ni el Pascal de la historia, sino Don Quijote y Pascal en cuanto reviven en una forma nueva en el hombre que es él. Pero por más que M. de U. se sienta un Pascal *redivivus* es siempre lícito y científico el preguntarse por el parecido real con el Blas Pascal que nos han transmitido la historia y la investigación. Yo pienso honradamente que el caso Pascal y el caso Unamuno, en lo que se refiere al tema de la razón y el sentimiento frente a la trascendencia, presentan diferencias notables. Pascal, al igual que lo hará Kant y lo hicieron a finales de la Edad Media Guillermo de Ockham y Nicolás de Cusa, descalificarán el discurso lógico y “l’esprit de géométrie” como camino de acceso a las realidades más enjundiosas de la antropología y la trascendencia. De cara a ellas sólo hay una epistemología. La de la fe, la del corazón, la del “esprit de finesse”. Pero Pascal no se rebela contra este hecho. Pascal no es un hombre del resentimiento racionalista. Acepta sin más que sea “le coeur” y no la razón la forma de empatía con lo divino. Por eso Pascal no es Unamuno. No es que yo quiera pasar por alto el carácter dialéctico que reviste toda fe si es legítima y que hace de ella una constante superación de la duda. Ni que olvide ese carácter agónico en el creyente Blas Pascal. Pero en el lenguaje pascaliano del “il faut se soumettre”, “il faut s’abêtir” hay sinceridad, hay aceptación, no hay rebelión, no hay resentimiento ante el fracaso de la razón exacta frente a otro mundo de realidades que no es el físico-matemático. Más aún, si no interpreto mal al filósofo francés, su “esprit de finesse”, su “coeur” no es arracionalidad ciega, sentimiento anoético, lo opuesto en cierto modo a la razón lúcida y cognoscente. No. Para Pascal el espíritu de geometría y el espíritu de finura son ambos modos de conocimiento. Pero cada uno de ellos tiene su campo. Para Pascal el objeto del espíritu de finura no es un objeto *creado* como en M. de U., es auténtico objeto *encontrado*. Y, por supuesto, no hay en Blas Pascal ninguna referencia a ese carácter funcional que revisten las ideas y todo lo pensado, tal como es defendido por M. de U. desde las primeras páginas de su obra “Del sentimiento trágico de la vida”.

### 3. RACIONALISMO FILOSOFICO Y ANTROPOLOGIA

El hombre Unamuno y su afán impresionante de vivir, de sobrevivir, de superar la aniquilación de la muerte. La razón humana y la convicción

---

(6) Véase sobre todo “La agonía del Cristianismo” y el capítulo dedicado a Pascal.

luctuosa de su fracaso inquisitivo ante lo divino tal como lo ansía, paternal, maternal, garantía de inmortalidad. Apuesta por lo irracional como resultante defensiva de un racionalismo fontal y resentido. Prevalencia fáctica al final del pensador frente al sentidor, del racionalista sobre el vitalista. Tras estas constataciones reasumimos la pregunta con que abrimos estas páginas. ¿En qué medida estaba enraizado este intelectualismo en la personalidad de M. de U.?

Mucho se ha escrito sobre el hombre Unamuno, sobre su forma de ser. Al margen de ello, tal como lo hemos hecho constar, dado el carácter fuertemente autobiográfico del que es portadora toda su obra, el lector asiduo de ella se va haciendo insensiblemente con una imagen sin duda muy aproximada de la idiosincrasia de su autor. Sin insistir ahora en las excepcionales dotes intelectuales y artísticas de M. de U., los rasgos fuertes de su personalidad se nos antojan claros. Una necesidad, en primer lugar, casi compulsiva de decirse, de autoproclamarse. Lo cual hace referencia, indudablemente, a una enorme *Ichbezogenheit*, como dicen los alemanes, a una intensa egocentricidad, a una pasión por su propia existencia, que presenta como pasión el sello casi sobrehumano de las pasiones exhibidas por los personajes de la épica y tragedia clásicas. Unamuno tiene mucho que ver con el modo de ser y actuar de los personajes de un Homero, Sófocles o Shakespeare. Y una consecuencia como connatural de ese hipertrofiado yo unamuniano es la rebelión, a todas luces trágica, a sucumbir, a ser reducido a nada por la muerte:

“... mi sentimiento de vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, ésta mi irresignación a la muerte... En una palabra: que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme.” (7).

Otra faceta personal que fluye de ese fortísimo yo de M. de U. es su rechazo a parecerse a nadie, su alergia a que lo clasificaran y etiquetaran:

“... yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro que aspire a conciencia plena, soy especie única.” (8).

Otro comportamiento vital fluente de su desmesurada referencia a su yo es la contundencia, la arrogancia a las veces, la aspereza en la afirmación y en la defensa de lo que él pensaba era verdadero, bueno o bello. M. de U. no dudaba nunca en arremeter contra quien fuese en su apologética por alto que estuviera situado en la escala social y política. Así, por ejemplo, ataca sin compasión en su etapa socialista a los industriales vascos enriquecidos de la noche a la mañana con el sudor y la sangre del proletariado y que peregrinan a la Corte en demanda de un título nobiliario. Asimismo, se enfrentará con

(7) “Del sentimiento trágico de la vida”, pp. 101 y ss.

(8) “Mi Religión y otros ensayos”, Madrid 1973, Ed. Espasa-Calpe, p. 11.

los europeístas y a su lema de “europeizar a España” opondrá el suyo de “españolizar a Europa”. Si hubo en M. de U. un abandono de su militancia socialista no fue nunca para convertirse en un reaccionario. Su espíritu liberal le enfrentará primero al dictador Primo de Rivera, más tarde a los extremistas en el final de la segunda República y, por fin, a la insurrección de 1936 en la figura del general Millán Astray. Son hechos de sobra conocidos. M. de U. a la verdad vivió el disenso de una forma beligerante. Resultado de ello será la dolorosa contrapartida de la persecución, el ostracismo y el exilio. Y, por encima de todo, la soledad, faceta que también le aproxima a los grandes personajes de la tragedia y del mito. En ello sí hay un gran parecido con la figura de Don Quijote, con la cual se sintió siempre identificado. Léase el discurso inaugural de su “Vida de Don Quijote y Sancho”. Léanse aquellos versos de Antonio Machado que comienzan:

“Este donquijotesco  
 don Miguel de Unamuno, fuerte vasco  
 lleva el arnés grotesco  
 y el irrisorio casco  
 del buen manchego. Don Miguel camina  
 jinete de quimérica montura  
 metiendo espuela de oro a su locura  
 sin miedo de la lengua que malsina...” (9).

Que no fuera el equilibrio el lado fuerte de esta personalidad gigante es fácilmente comprensible. Pero además hay que contar con toda una serie de factores que no podían contribuir a la estructuración de una personalidad equilibrada. La pérdida de su padre, siendo aún muy niño, lo mismo que le sucediera a su filosófico ascendiente Federico Nietzsche (10). La crisis profunda de sentido que cae sobre él al derrumbarse definitivamente la fe de la infancia, con motivo de la hidrocefalia y muerte de su hijo Raimundo y el hundimiento definitivo de la España imperial en 1898. Sabemos que la depresión llegó hasta el paroxismo. Un día se desploma en brazos de su esposa, la extraordinaria Concha Lizarraga, y murmura sólo una palabra hartamente significativa: “¡Ama!”

“Hay quien no descubre la hondura toda del cariño que su mujer le guarda sino al oírla, en momentos de congoja, un desgarrador ¡hijo mío!, yendo a estrecharle maternalmente entre sus brazos.

(9) MANUEL y ANTONIO MACHADO, “Obras completas”, Madrid 1947, Ed. Plenitud, p. 1.053.

(10) Las semejanzas de todo tipo de ambos pensadores son notables: Autoconciencia profética, vena poética, desequilibrio. Unamuno recoge la forma de la filosofía narrativa, la desconfianza en el lenguaje, la teoría de las máscaras del filósofo alemán.

Todo amor de mujer es, si verdadero y entrañable, amor de madre; la mujer prohija a quien ama.” (11).

Dejo a los profesionales de la Psicología profunda el análisis de este contraste brutal entre las dos fenomenologías, la del yo gigante y la del yo infantil en M. de U.

En este breve recuento de los rasgos más marcados de la personalidad unamuniana dejo para el final el que hace más al caso en el punto y hora de la búsqueda de las raíces de su racionalismo, de intento de una explicación desde la personalidad de nuestro autor de esa su obstinada instalación en el sentimiento trágico, es decir, en la negativa a aceptar una síntesis entre una razón que decididamente no demuestra a Dios y un corazón que lo anhela y lo necesita, una explicación a partir del modo de ser unamuniano de su voluntad decidida de que razón agnóstica y corazón religioso se peleen entre sí. Yo creo que sí radica en la personalidad de M. de U. ese su racionalismo rabioso, ese su resentimiento en contra de una razón que debería llevar inconfundiblemente al Dios inmortalizador y que de hecho no lo hace. Sí, hay en el hombre Unamuno una constante *vis a tergo* que le lleva ya desde niño a intentar racionalizarlo y logizarlo todo, a pasar toda creencia por el tamiz de la razón. Ello le va a aproximar primero a los pensadores que la magnifican y creen en sus posibilidades omnímodas, como Hegel, después se asoma sobrecojido a los que hacen uso de ella para marcar sus limitaciones, como Kant. El impacto de estos últimos fue decisivo. Kant fue para él como el querubín que le cerraba ya para siempre con espada de fuego el paraíso perdido de la razón hegeliana. M. de U. lleva consigo la nostalgia de ese paraíso perdido porque es un hombre que necesita evidencias meridianas, necesita ver y tocar, necesita tenerlo todo tan claro como dos y dos son cuatro. “Necesito realidades” (12) estampa en un momento de clarividencia personal. *Necesidad de realidades* como componente de su modo de ser. Necesidad de realidades como constante antropológica de un pueblo. M. de U. la refirió al pueblo español. He hizo de ella materia de meditación. Habría, según él, en el hombre de España una gnoseología de signo *materialista*, un *espiritualismo materialista*, un realismo muy craso que quiere ver y tocar realidades trascendentes. Y Unamuno, curiosamente, pronuncia un veredicto enteramente negativo sobre esa casta a la que no le basta sentir a Dios, que exige se le demuestre matemáticamente, que necesita *tragárselo*, como él dice (13). Malvido observa con mucho acierto a mi juicio que:

“Esos lamentos unamunianos a cuenta del espiritualismo materialista de sus paisanos son en realidad confesiones de su situación personal.” (14).

---

(11) “Vida de D. Quijote y Sancho”, p. 181.

(12) “Diario íntimo”, p. 125.

(13) “Ganivet filósofo”, Obras completas, Escelicer, tomo III, p. 1.092.

(14) o.c., p. 236.

Es decir, que el hombre M. de Unamuno hubiera necesitado una visión y experiencia claras y definitivas para admitir lo trascendente inmortalizador al modo de aquellos que en cierto modo sí vieron y experimentaron a Dios, como Moisés, Isaías, Jeremías y los grandes místicos de todos los tiempos. “Necesito realidades”. Una demostración personal de ese talante espiritual y materialista a la vez nos lo proporciona la glosa colosal que hace nuestro autor del Salmo I. Yo veo en ella la mejor autobiografía para la cuestión que nos ocupa. Congoja ante la invidencia de Dios, necesidad de que exista, horror ante la posibilidad de que la muerte sea el final de la conciencia y petición, exigencia de evidencia de una vez:

.....

“Una señal, Señor, una tan sólo  
una que acabe  
con todos los ateos de la tierra;

.....

¡Quiero verte, Señor, y morir luego  
morir del todo;  
pero verte, Señor, verte la cara,  
saber que eres!

.....

Del Sinaí desgarras las tinieblas  
y enciendes nuestros rostros  
como a Moisés el rostro le encendiste..

.....

Dínos ‘Yo soy’, Señor, que te lo oigamos  
sin velo de misterio  
sin enigma ninguno...” (15).

“Necesito realidades”. Yo dejo a nuestros antropólogos la, sin duda, difícil cuestión de si esa manera de ser, necesitada de ver y de tocar realidades trascendentes en orden a aceptarlas, si esa idiosincrasia que sólo satisface sus necesidades metafísicas con realidades visibles y palpables de evidencia necesitante, pertenece también, o más bien, a la antropología vasca, si es una constante preferentemente del alma vasca. La etnografía, la lingüística, el mito y el arte contendrán, sin duda, elementos que posibiliten una respuesta a la cuestión.